

*Costa, un intelectual para la crisis**

POR
ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE**

1. UNA REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA

La aportación que, desde tierras aragonesas, traigo a este importante congreso quiere ser una revisión, una mirada reflexiva sobre lo mucho escrito en los tres últimos años sobre Joaquín Costa en los libros y revistas aparecidos en torno al centenario del 98, y con este asunto como tema central (no, por tanto, el estudio de la figura y la obra de Costa). La mirada de muchos de esos autores se ha volcado sobre todo en la pérdida de la guerra (casi exclusivamente llorada a causa de Cuba, a la que se han dedicado muchos estudios) y en las diversas respuestas que desde la política, la literatura, la sociedad se dieron a aquel “Desastre”, que hizo estremecerse a esa España que miraba obsesivamente hacia su pasado, contemplado a fines del XIX como la historia de un fracaso (Ringrose).

Se trata de situar a Costa en su contexto finisecular. Cuál fue su papel en esa época de crisis y revulsivos, de qué sirvió lo que dijo e hizo, en quiénes influyó. Ya lo hizo, en primer lugar, hace más de cuarenta años (1966), Rafael Pérez de la Dehesa con *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*,¹ en el que concluía que “La influencia de Costa fue decisiva en la vida intelectual española. Lo fue en la primera época de la generación del 98 y continuó después, si bien posteriormente fue más bien ambiental e indirecta. El estudio de la ideología de Costa y de su influencia es básico para comprender la historia política e intelectual de la España moderna y quizá valioso para la construcción de la futura España”. Lo hicieron también en 1974 Manuel Tuñón de Lara, en su *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*,² y poco después sus discípulos y amigos Jacques Maurice y Carlos Serrano, en *Joaquín Costa: Crisis de la restauración y populismo*.³ Desde entonces, en estos más de veinte años transcurridos, se han repetido no pocos tópicos, aunque también se han desarrollado dos docenas de estuendos libros y monografías.

* Trabajo leído el 26 de octubre de 1998 en la Universidad de Jaén en el marco de un Congreso Internacional sobre *Joaquín Costa y el 98*.

** Universidad de Zaragoza.

¹ Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

² Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

³ Madrid, Siglo XXI, 1977.

No voy a hacer referencia a ellos, ni aun apenas a los libros y artículos publicados en estos últimos años específicamente dedicados a Costa. Obviamente, sus autores han tomado su obra y figura como elemento fundamental, y ese dato rompe nuestro método. Me refiero a la recopilación de toda la obra *En torno a Costa* de Alfonso Ortí,⁴ en muy primer lugar. De ese gran libro escribí, en su prólogo, y me reafirmo en ello, que es “el conjunto de materiales definitivo para comprender a Costa, valorar adecuadamente su obra, establecer de una vez su sentido”. Luego, he de mencionar los estudios que Ortí y Cristóbal Gómez Benito han acometido sobre su obra agraria. Quiero evocar igualmente el agudo e interesante planteamiento de Ignacio Peiró al analizar y publicar los textos de las *Oposiciones a cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid*, tan frustrantes para Costa.⁵ O el libro de Óscar I. Mateos *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa: 98 y proyecto de modernización de España*.⁶ No olvidemos que en *Anales de la Fundación Joaquín Costa* se han publicado en los últimos años muy importantes trabajos, cuya cita sería prolija; que la revista *Temas de Antropología* recoge en su volumen VI los textos dedicados a Costa en el *VII Congreso de Antropología*, y el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* en su número 24-25, de 1996, dedica unas páginas monográficas a “Joaquín Costa y el proceso de modernización de España”. Ni incluiré mis artículos aparecidos en un interesante coleccionable de *El País*,⁷ ni, en fin, el libro póstumo de Trinidad Ortega Costa *Así hablaba Joaquín Costa*,⁸ pues el ya fallecido nieto del prócer se limita a realizar una selección de textos, sin estudio introductorio alguno.

Tampoco incluyo en esta revisión, aparte las razones cronológicas, que en la mayoría de los casos los dejarían fuera, los grandes manuales sobre el XIX y el XX (de autor individual, como los de Fusi o Tusell, o colectivo, como los varios volúmenes de la *Historia de España* de Menéndez Pidal y Jover): no es eso lo que pretende este pequeño trabajo. Nos llevaría demasiado lejos y tomaríamos, de modo agregado, tanto los estudios específicos como los coyunturales, los que miran y son hechos para el largo plazo y los que surgen para analizar un muy marcado momento histórico.

Tampoco me referiré a libros que han acudido a esa coyuntura y efemérides desde otras perspectivas o cuya finalidad es más la divulgación que la reflexión y el análisis histórico, tales como los de Eslava Galán, J., y Rojano Ortega, D. (1997), *La*

⁴ Madrid, MAPA, 1997.

⁵ Zaragoza, IFC, 1996.

⁶ Zaragoza, IFC, 1998.

⁷ FERNÁNDEZ CLEMENTE (1997). “Regeneracionismo: los límites de la utopía” y “Joaquín Costa. El galvanizador de la opinión”, en JULIÁ (1997 a), 213-217 y 221.

⁸ Huesca, IEA, 1998.

España del 98. El fin de una era, Madrid; Figuero, J., y Santa Cecilia, C. G. (1997), *La España del Desastre*, Barcelona; Leguineche, M. (1998), *Yo te diré... La verdadera historia de los últimos de Filipinas (1898-1998)*, Madrid; Núñez Florencio, R. (1998) *Tal como éramos. España hace un siglo*, Madrid, etc.

En cuanto a otros libros, de la larga serie consultada, algunos apenas aluden de pasada o ignoran a Costa, reducidos a estudios literarios,⁹ unas veces, o a los hechos bélicos y su contexto político, otras.¹⁰ Cabe preguntarse, desde luego, ¿por qué, a veces, un autor trata a fondo de ciertos escritores y relega a otros a un papel secundario? No siempre es fácil escudriñarlos. Así, por ejemplo, Andrés Trapiello confiesa de sí mismo que, tanto en *Las armas y las letras* como en *Los nietos del Cid*, ha actuado por razones que “sería muy largo de explicar, pero no difícil”; pero, en todo caso, advierte que “nadie busque en estas páginas criterios objetivos”, ya que ciertos autores menores “están tratados de una manera más dilatada que otros, como Costa, Cajal o Benavente, que fueron mucho más importantes desde todo punto de vista”.¹¹

¿De qué publicaciones, entonces, voy a ocuparme? Fundamentalmente, ya queda anunciado, de las académicas (o procedentes de instituciones, editoriales, etc., que se caractericen por su voluntad de aportación científica, didáctica) y exclusivamente de aquellas que han acudido, con mayor o menor oportunidad, a la cita que el centenario del 98 proponía.

Así, de entre los libros de un solo autor, destacaremos los de Sebastian Balfour (1997) *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, y de Antoni Marimon (1998), *La crisis de 1898*, Barcelona, Ariel. Ambos enfocan desde una óptica y métodos tradicionales buenas perspectivas de lo que fue la coyuntura finisecular. Añadamos a ellos el libro de José Andrés-Gallego (1998), *Un 98 distinto. Restauración, desastre, regeneracionismo*. Por su parte, con mayor ambición tanto comprensiva de asuntos cuanto metodológica, destacan los libros del profesor de Cornell (USA) Ciriaco Morón Arroyo (1996), *El “alma de España”. Cien años de inseguridad*, Oviedo, Nobel; del de la Universidad de Zaragoza, José Luis Calvo Carilla (1998), *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, y del conocido escritor Andrés Trapiello (1997), *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro de la literatura española (1898-1914)*, Barcelona, Planeta.

⁹ Así, el libro de MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1998). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

¹⁰ Es el caso de los libros editados por FUSI, J. P., y NIÑO, A. (1996 y 1997). *Antes del “desastre”: orígenes y antecedentes de la crisis del 98 y Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, que recogen las comunicaciones y ponencias del congreso celebrado en la Universidad Complutense en 1995. También el libro encabezado por DIEGO, E. DE (dir.) (1996). *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.

¹¹ TRAPIELLO (1997), p. 13.

De todos modos, lo que han abundado han sido los libros colectivos, no siempre muy coordinados, aunque hay excelentes excepciones. Destaquemos los “editados” por Pedro Laín Entralgo y Carlos Seco Serrano (1998) *España en 1898. Las claves del Desastre*; Manuel Suárez Cortina (1997), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*; Juan Pan-Montojo (1998), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*; Roberto Mesa (1898), *Tiempos del 98*, y José G. Cayuela Fernández (1998), *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Y no olvidemos una cala en profundidad como es la del libro dirigido por Antonio Robles Egea (1996), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*.

Y, considerándolas en la práctica como libros, añadamos las revistas que han acudido a la cita conmemorativa, destacando el excelente coleccionable de *El País*, dirigido en 1997 por Santos Juliá, *Memoria del 98*; y varios buenos números monográficos de *Revista de Occidente* (202-203, marzo de 1998, pp. 79-89), del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (28-29), el extra sobre “La Educación y la generación del 98” de la *Revista de Educación*, ambos de 1997, y el dedicado igualmente a mirar *Hacia el 98. La España de la Restauración y la crisis colonial, 1895-1898*, por los *Cuadernos de la Escuela Diplomática* 12 (1997); añadamos el nº 28 de *Ayer*, dedicado a la España de Alfonso XIII, y algún trabajo suelto, como el de Maluquer en la *Revista de Historia Industrial* 12 (1997).

Y todavía las cuidadas introducciones realizadas en 1997 y 1998 por J. Sisinio Pérez Garzón a *La moral de la derrota* de Luis Morote; Santos Juliá a *¡Todavía el 98!* de Manuel Azaña; Steven L. Driever a *La futura revolución española* de Lucas Mallada, para la colección “Cien Años Después” de la Editorial Biblioteca Nueva de Madrid.

En total, medio centenar de libros o artículos, trabajos, como queda dicho, escritos en su mayor parte desde la universidad o instituciones científicas equiparables, con rigor y documentación, y con el ánimo, declarado o implícito, de contribuir a clarificar el anterior fin de siglo, al servicio sin duda de este que afrontamos. Veamos qué encontramos en esas dos o tres mil páginas.

2. QUIÉN FUE COSTA

Pocos autores se detienen a detallar quién fue, globalmente, biográficamente, Costa, si bien se desgranar con frecuencia una serie de tópicos, como el de que él, como, “en general, los políticos españoles del XIX eran hombres hechos a sí mismos”.¹² Se insiste mucho en su cuna humilde y en que se hizo a sí mismo, fasci-

¹² VARELA ORTEGA (1998), pp. 47-48.

nado por el progreso, que conoce en la Exposición Universal de París, y con “fe ciega en el esfuerzo humano como motor de los pueblos”.¹³ Se le califica casi tópicamente de “honesto intelectual aragonés, infatigable autodidacta y escritor polifacético”,¹⁴ “Grande Hombre de Graus, reencarnación física de un Mesías flagelado y apocalíptico”,¹⁵ “de estirpe nietzscheana”,¹⁶ y coetáneo del “affaire Dreyfus” y por ello “Zola carpetovetónico”;¹⁷ se recuerda que, al igual que Maeztu, Azorín y otros, ejerció en cierto modo el periodismo.¹⁸

En todo caso, se le presenta como una voz muy autorizada,¹⁹ “gran gurú regeneracionista”,²⁰ y muchos anotan su vinculación a la ILE, ubicándole en una generación integrada por “los maestros, que gozaban del máximo prestigio humano y cultural”, junto a Giner, Galdós o Cajal:²¹ son ellos, precisamente, se nos dice, quienes acometerán la tarea regeneracionista. Se evocan sus excelentes relaciones con Giner, Cossío y Altamira, Azcárate y Labra, y sus entusiasmos por la renovación pedagógica.²² Pero no todos lo asumen sin matizaciones. Así, Laporta recuerda las distancias de Giner, quien “admiraba la fortaleza y el empuje de Costa y le animaba siempre a seguir en la brecha, pero no podía sufrir la gran impaciencia del aragonés”. Algo parecido habría ocurrido con Azcárate.²³ Por otra parte, Sánchez Ron nos recuerda que Joaquín Costa fue designado en 1907 vocal de la Junta para Ampliación de Estudios,²⁴ si bien ya poco podía hacer el enfermo y retirado tribuno.

Se ha recordado su ingente trabajo africanista,²⁵ especialmente desarrollado en la Sociedad de Africanistas y Colonistas (luego Sociedad Española de Geografía

¹³ TRAPIELLO (1997), p. 77.

¹⁴ VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

¹⁵ CALVO CARILLA (1998), p. 99.

¹⁶ CALVO CARILLA (1998), p. 371.

¹⁷ VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

¹⁸ TRAPIELLO (1997), p. 21.

¹⁹ MORÓN ARROYO (1996), p. 6.

²⁰ VARELA ORTEGA (1998), p. 55.

²¹ MORÓN ARROYO (1996), p. 9.

²² ASÍN VERGARA (1998).

²³ LAPORTA (1998), pp. 82 y 86.

²⁴ SÁNCHEZ RON (1997), p. 30.

²⁵ ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 120.

Comercial).²⁶ Muy pocos, en cambio, se ocupan del Costa historiador,²⁷ si bien Ruiz Torres lo hace muy encomiásticamente, a propósito de los estudios de Ignacio Peiró, recordando su crítica de las historias al uso (“no pasaban de ser una narración de hechos referentes al Estado y al derecho público, ‘y no de todos sino con preferencia de aquellos que dicen relación a la vida de las dinastías y de los reyes, y a las empresas de fuerza y a las relaciones internacionales sostenidas por medio de la guerra; pareciendo sus historias por el plan y por el contenido, más bien crónicas de reyes y fragmentos de historia política que verdaderas historias de España”, mientras que “son los ‘hechos’ relativos a ese ‘ser social que denominamos España’, con su ‘personalidad social’ y sus distintos ‘estados de desarrollo’, lo que verdaderamente importa”).²⁸

No se olvida su agrarismo fundamental. Se ha dicho que *Colectivismo agrario en España. Doctrinas y hechos*, publicada en el mismo 1898, “fue la última de carácter teórico (si bien se percibe en ella el intento de sustentar ideológicamente la fallida candidatura electoral de Costa con un programa que podríamos llamar de reforma agraria). Después del Desastre, en cambio, su producción adquirió un tono más propagandístico y más directamente político”.²⁹ Por otra parte, la mayoría de sus estudiosos ha destacado la política hidráulica, mediante la cual Costa, uno de los “grandes protagonistas de la agitación agraria [...] centró su actividad desde el momento fundacional de 1891 ‘en un solo remedio’, la construcción de canales y pantanos de riego por el Estado”.³⁰

Calificado de “figura central del populismo campesino español”,³¹ habría sido el suyo “un populismo agrario que pretendía fundamentar su revuelta antioligárquica sobre una alianza de las clases medias y los intelectuales con el pueblo, fundamentalmente campesino. Fue, por lo tanto, un personaje ambiguo, como todos los populistas, pues a un discurso grandilocuente y de una gran fuerza emocional (basado en un nacionalismo exacerbado) unía fuertes contradicciones ideológicas, como esa tensión entre los elementos democratizadores y autoritarios de su proyecto político”.³²

También J. Andrés-Gallego cree que las propuestas de Costa, en su vertiente económica, cristalizan en el agrarismo y afirma que en el Congreso Católico Nacional

²⁶ MAINER (1998), p. 129.

²⁷ Con la citada excepción de los trabajos de Ignacio Peiró.

²⁸ RUIZ TORRES (1998), pp. 148-149.

²⁹ PRO (1998), p. 208.

³⁰ PAN-MONTOJO (1998 b), p. 303.

³¹ PAN-MONTOJO (1998 d), p. 15.

³² PRO (1998), p. 211.

que tuvo lugar en Burgos en 1899 influyó, directa o indirecta pero decididamente, Costa.³³ Sin embargo es preciso recordar, y lo ha hecho Ruiz Torres, que Costa creía, desde luego, que “solo una revolución ‘muy honda y muy rápida’ puede acercarnos a Europa. Una revolución que devuelva a la nación la propiedad territorial usurpada por los señores durante el feudalismo, que corrija los abusos de una desamortización que quitó a las clases trabajadoras su medio de subsistencia y acumuló la tierra en manos de una oligarquía improductiva [...] Una revolución, en suma, que ha de ser obra, es cierto, de minorías, pero de minorías capaces de acercarse al pueblo a través de la ciencia, de conocerlo y de llegar a descubrir la esencia popular de la nación española, así como de promover una educación nacional que lo hiciera avanzar en el sentido del progreso moderno”.³⁴

En cuanto a su republicanismo,³⁵ es un refugio en un partido antimonárquico, cuando ha fracasado su proyecto para dentro, intentando “movilizar —al margen de los cauces partidistas tradicionales— el descontento de los grupos excluidos del poder contra las viejas estructuras políticas de la Restauración”.³⁶ Soñó, se nos recuerda, con que el “desastre” favoreciera la implantación de la República.³⁷ Pero también aquel republicanismo con “la propuesta regeneradora, parlamentaria, se saldaba con un fracaso, ya que los estimulantes resultados de 1903 (35 diputados) fueron rápidamente empañados por la división interna del partido, por la denuncia de ineficacia en la dirección de Salmerón que Nakens y Costa (recientemente incorporado al proyecto republicano) impulsaron desde 1905 y, sobre todo, por la afirmación en el interior de la Unión de dos corrientes de difícil acomodo en un mismo partido: los reformistas y los radicales”.³⁸

Se ha destacado su polifacetismo, su amplísima cultura, sus aspectos teóricos, que, junto a los prácticos, le hacen una figura muy completa: “Costa reúne en sí mismo todas las contradicciones del regeneracionismo, como autor de una obra ensayística muy amplia y como activista —y no sólo teórico— del proyecto ‘regenerador’. Su formación jurídica y humanista le permitió tratar en sus escritos una amplia gama de problemas políticos, económicos y sociales, a los que aplicó un enfoque crítico y modernizador. En la década de 1890, además, cuando el sistema de la Restauración empezó a mostrar síntomas de crisis, Costa empezó a participar en la

³³ ANDRÉS-GALLEGO (1998 e), pp. 167-168. Véase también ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 285.

³⁴ RUIZ TORRES (1998), p. 151.

³⁵ VILLACORTA (1998), p. 139.

³⁶ PRO (1998), p. 232.

³⁷ MORÓN ARROYO (1996), p. 20.

³⁸ SUÁREZ CORTINA (1997), p. 348.

política activa, presentándose a las elecciones en defensa de sus ideales republicanos y libremercantilistas; fue así como conoció de primera mano la fortaleza del entramado caciquil, que le impidió salir elegido por el distrito de Barbastro (Huesca) en 1896. Desde entonces canalizaría su actividad al margen de los partidos y las elecciones, impulsando en su región asociaciones cívicas de indudable contenido político, como ateneos, la Liga de Contribuyentes del Alto Aragón o cámaras agrícolas. Su atención a la política fue siempre instrumental, pues las reformas que proponía las presentaba como medios y no como fines, medios para aportar solución a los problemas que realmente le importaban, que eran los de índole económica: remontar el atraso económico y acabar con la miseria de España. Así, los temas dominantes de su vasta producción escrita son la política hidráulica, la penetración comercial y pacífica de África, la reforma educativa, la recuperación de las instituciones tradicionales del “colectivismo agrario”.³⁹

Hasta aquí, una rápida visión de los antecedentes. Hay olvidos importantes de asuntos y aspectos, y un cierto énfasis en el tópico del agrarismo. Pasemos a su protagonismo como jefe de filas del regeneracionismo, surgido, sin duda, algo antes, pero fructificado y enfatizado a partir del 98.

3. COSTA ANTE EL 98. EL REGENERACIONISTA

No vamos a entrar en el debate, renovado, sobre el sentido de la denominación “generación del 98”.⁴⁰ Parece hay un casi total acuerdo en liquidarla para la literatura, mientras que cobra creciente interés para otros sectores, como el regeneracionista, que se vio relegado durante un siglo a la intendencia de un ejército de escritores.

En todo caso, hay acuerdo bastante general en que si la visión se amplía y se contempla la época, de un modo menos cerrado que el estrictamente literario y generacional, en el abanico de gentes preocupadas por la España de su tiempo destaca Costa, junto a Valera y Pardo Bazán, Giner, Galdós, Menéndez Pelayo, Clarín, Ixart, etc.⁴¹ Entre ellos, desde la perspectiva global del intelectual comprometido y activo, Costa destaca de modo eminente. En eso hay acuerdo prácticamente unánime: en el regeneracionismo, Costa es la “figura más destacada”,⁴²

³⁹ PRO (1998), pp. 207-208.

⁴⁰ Véase, por todos los debates, la breve introducción de José-Carlos Mainer en el libro por él codirigido, MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1997). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

⁴¹ ROMERO TOBAR, L. (ed.) (1998). Introducción a *El camino hacia el 98. Los escritores de la Restauración y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Visor.

⁴² DÍAZ LARIOS (1998), p. 112.

“el más ilustre”.⁴³ “Paladín del Regeracionismo” le llama Laín,⁴⁴ para quien encabeza⁴⁵ y preside⁴⁶ como “padre” (añade Ruiz Torres)⁴⁷ ese movimiento, siendo, asegura Morales Moya, “su máxima encarnación”.⁴⁸ Del mismo modo, muy por encima de los más conocidos “apóstoles y arbitristas del regeneracionismo”, destaca Palomares a Costa, “quien desde siempre fue caracterizado como padre del movimiento, dejando tras de sí una estela de epígonos, además de convertirse en referente para experiencias posteriores que invocaron al menos parte de su amplio programa”.⁴⁹

Abellán ha afirmado que “Del caldo de cultivo creado por el positivismo nacerá el movimiento regeneracionista, capitaneado por Joaquín Costa [...], uno de los hombres más influyentes durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Partiendo de su idea de la sociedad como un organismo vivo y, en el caso de la española, enfermo, se busca la regeneración de la patria mediante los diagnósticos precisos que permite el incipiente desarrollo de las ciencias sociales: sociología, demografía, antropología, estadística...”.⁵⁰

Ucelay-Da Cal ha resumido magníficamente la situación: “De hecho, la pregunta de fondo era muy subversiva respecto a la cultura política y económica española: ¿por qué no había sociedad civil o cultura cívica en España? Las derivaciones de tal reflexión eran múltiples. ¿Qué es lo que hacía que las gentes hispanas fueran tan reacias a asumir costumbres propicias al capitalismo y al desarrollo ordenado de las instituciones políticas? ¿Por qué carecía la sociedad española de una ética del trabajo, de los hábitos generadores de una mayor participación en la vida pública o en el mercado, que frenaran el impulso de echarse al monte, mosquetón en mano, como protesta ante el primer desafuero? ¿Por qué desconfiaban del poder y de la creación de riqueza? ¿Sería algo genético e irreversible o un rastro físico del clima y de la tierra?”.⁵¹

Es más: se le señala incluso como precursor: “como es sabido, el propio Costa, considerado padre del regeneracionismo, hurgó en la situación nacional antes de la

⁴³ MARIMON (1998), p. 59.

⁴⁴ LAÍN ENTRALGO (1998), p. 298.

⁴⁵ LAÍN ENTRALGO (1998), p. 302.

⁴⁶ LAÍN ENTRALGO (1998), p. 322.

⁴⁷ RUIZ TORRES (1998), p. 150.

⁴⁸ MORALES MOYA (1998), p. 156.

⁴⁹ PALOMARES (1998), p. 442.

⁵⁰ ABELLÁN (1998), p. 90-91.

⁵¹ UCELAY-DA CAL (1998), p. 180.

derrota cubana”, dice Palomares.⁵² Lo mismo opina Laura Serrano, quien incluye a Costa entre la *minoría erosionante* de las bases del canovismo, ya que, “pese a que su producción literaria es posterior al Desastre, su activa crítica contra el sistema y su denuncia de los males de España son anteriores. Así como algunas de sus acciones encaminadas a promover la regeneración”.⁵³ Driever recuerda sus relaciones con Mallada y su discurso de 1880 ante el Congreso de Agricultores de Madrid, en el que Costa “arremetía contra la ‘leyenda de oro’ de España, mito secular según el cual la península estaba singularmente dotada de recursos naturales”.⁵⁴ No está tan de acuerdo Andrés-Gallego, quien escribe que “desde los años ochenta se estaban proponiendo a los españoles programas políticos regeneradores, mucho antes de que lo hiciera Joaquín Costa al socaire de la derrota”.⁵⁵ Pero ello no es óbice para que resalte cómo “al criticar la política de los gobiernos de la Restauración como contraria a los intereses económicos de España, se estaban poniendo las bases, si no teóricas, por lo menos fraseológicas, del regeneracionismo de fin de siglo. En definitiva, aunque sin estas palabras, se perfilaba la denuncia posterior de Joaquín Costa sobre el divorcio entre la España oficial y la España real”.⁵⁶

En la misma línea está el trabajo de José Carlos Rueda, quien califica a Costa de emblema del regeneracionismo finisecular: “ha de estimarse que su figura supone la personalización de todas las contradicciones de un discurso que se enfrenta a las contradicciones del modelo auspiciado por Cánovas tras poco más de veinte años de vida política caracterizada por escasas tensiones entre la élite gobernante. Su denuncia enlazaría con postulados que, moviéndose dentro de un ideario tildado de mesocrático, derivarían de una veta de liberalismo radical que puede rastrearse desde Flórez Estrada hasta el Sexenio Democrático”.⁵⁷

Añade este autor que “no solo no existe coincidencia —no puede haberla— en lo que representa Costa. Tampoco puede hablarse de un único regeneracionismo finisecular. En primer término, por la pléyade de autores susceptibles de integrar la nómina de reformistas que publican o conferencian durante aquellos años (Azcarate, Baylla, Posada, Isern, Labra, Nakens, Unamuno, Macías Picavea, Mallada, Rodríguez Martínez...). En segundo lugar, por la compleja relación establecida entre

⁵² PALOMARES (1998), p. 441.

⁵³ SERRANO BLANCO (1998), p. 309.

⁵⁴ DRIEVER (1998), p. 30.

⁵⁵ ANDRÉS-GALLEGO (1998 b), p. 116.

⁵⁶ ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 173.

⁵⁷ RUEDA LAFFOND, J. C. (1998). “Los objetivos políticos regeneracionistas como salida a la crisis del 98”, en CAYUELA FERNÁNDEZ, J. G. (coord.) (1998). *Un siglo de España...*, pp. 487-497.

muchas de sus propuestas y la percepción realizada por el conglomerado social susceptible de encardinarse —y, sobre todo, movilizarse— al socaire de tales postulados”.

Y, mirando más hacia adelante que hacia atrás, tampoco parece discutible su inclusión, no ya en el regeneracionismo, sino ni siquiera entre las grandes figuras del 98 “no estrictamente literario”. Así lo hace, por ejemplo, José María Marco, que junto a él incluye a Ganivet, Unamuno, Maeztu, Prat de la Riba, Ortega y Azaña.⁵⁸

En la medida en que Costa encarna, pues, la crítica regeneracionista (“nadie como él sintetiza mejor la idea de la completa regeneración, en una interpretación que engloba tanto los aspectos referidos a la renovación política como la necesidad de una modernización social y económica”) es analizado a partir de su compleja ubicación biográfica y coyuntural en la crisis del liberalismo decimonónico, de sus muchas y varias influencias y, sobre todo, como “el mejor difusor del mito de la regeneración a partir de ilustrativas imágenes tamizadas de un positivismo organicista [...]: la idea de España como realidad enferma, como ‘nación moribunda’, en difundida afirmación de lord Salisbury de enorme eco en la prensa española”. De hecho, añade Rueda, “al socaire de sus críticas al entramado de dependencias tradicionales, Costa describe un arco que arranca del reformismo y concluye en un proyecto radical situado en los límites del parlamentarismo”, como es su última etapa de republicanism, que califica de apenas testimonial.

Pero el regeneracionismo tenía, ya van siendo vistas, unas causas y unas metas. Entre estas, podemos distinguir las respuestas teóricas, los programas de salvación y regeneración, y las prácticas. Vayamos a las primeras.

4. ANTE EL 98. CRÍTICA Y PROGRAMA TEÓRICO

Pero volvamos al 98, que es, en definitiva, el detonante central de estos movimientos. “España había quedado reducida a una ‘expresión histórica’, sentenciaron los intelectuales del momento (Costa), sobrecogidos ante la magnitud de la catástrofe”.⁵⁹ Pérez Ledesma ha destacado que “con la conversión de la derrota en desastre, intelectuales como Costa y políticos como Silvela contribuyeron decisivamente a forjar el marco conceptual en el que desde entonces se han situado todos los análisis del periodo posterior a la guerra”.⁶⁰

⁵⁸ En *La libertad traicionada*, cit. por MAINER, J.-C., y GRACIA, J. (eds.) (1997). *En el 98 (Los nuevos escritores)*. Madrid, Visor.

⁵⁹ VARELA ORTEGA (1998), p. 43.

⁶⁰ PÉREZ LEDESMA (1997), p. 183.

Se quejará Costa amargamente de que ni “una mala compañía de *rough riders*” supieron mandar a Cuba los miembros de “la clase llamada gobernante [...], por honor siquiera de la clase, ya que no fuese por amor a lo que, profanándola, denominaba patria”, y de que “ningún componente de los grupos oligárquicos [como los iba a calificar de ahí en adelante el propio Costa] hubiese tenido el gesto de presentarse de voluntario y de irse a la manigua a combatir a unos rebeldes que con tanta virulencia denunciaban desde Madrid o Barcelona”.⁶¹ “La guerra de 1898 convenció a Costa de que había llegado el momento de encarnar las aspiraciones de cambio de los españoles, proponiéndoles un programa político alternativo”.⁶²

La suya, se ha dicho, es la reacción más vigorosa a la derrota,⁶³ y se evoca su *Mensaje y programa a la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, publicado el 13 de noviembre de 1898, del que se recuerda su censura al derroche de recursos en la perdida guerra: “Todo lo que era progreso, riqueza y contento de la vida, todo lo que era aumento de bienestar, de vigor, de salud, de vida media, de población, de cultura, de aproximación a Europa, de porvenir en la historia del mundo, lo hemos disipado, ¡locos y criminales!, en pólvora y humo; durante cuatro años, la guerra se ha estado tragando un canal de riego cada semana, un camino cada día, diez escuelas en una hora, en media semana los cuarenta y cuatro pueblos creados por Olavide y Aranda en los valles de Sierra Morena”.⁶⁴

“Más aficionado a la historia y la geografía que a la medicina, Costa se remontaba a un lejano pasado (‘cuatro siglos de decadencia’) e incluso a la orografía (‘una sucesión de desiertos, semidesiertos y cordilleras fragosísimas’, ‘un suelo semiafricano’) para explicar la desastrosa situación de un país que era, a la vez, ‘una nación frustrada’ y ‘uno de los más ruines e incómodos arrabales del planeta’”.⁶⁵

“En el *Mensaje*, la protesta contra los impuestos aparecía envuelta en consideraciones más generales, de claro carácter pesimista, sobre la historia de España [...], sobre el territorio peninsular [...], e incluso sobre el ser nacional [...]; y, por supuesto, estaba respaldada por una crítica directa a la guerra, a los gastos ocasionados por ella y a los partidos históricos responsables de haber arrojado a España al ‘arroyo’, eso sí, después de haber dilapidado su fortuna. Pero la conclusión principal, aparte de las medidas de política hidráulica o educativa [...], significaba recortes radicales en los gastos del Estado”.⁶⁶

⁶¹ Cit. por SERRANO (1997), p. 53.

⁶² PRO (1998), p. 208.

⁶³ MORÓN ARROYO (1996), p. 28.

⁶⁴ Cit. por PAN-MONTOJO (1998 d), p. 124.

⁶⁵ PÉREZ LEDESMA (1997), p. 183.

⁶⁶ PÉREZ LEDESMA (1998), p. 127.

Carlos Seco, que ha comparado el documento de Polavieja (septiembre de 1898), cuya redacción atribuye a Damián Isern, y el de Costa a la Cámara Agraria del Alto Aragón, cree que “en ambos textos se pone el acento en la exigencia de autenticidad: apelación a una política de realidades, a una atención preferente —o exclusiva— hacia los que podríamos llamar problemas estructurales [...]. En ambos anida, por otra parte, una inquietante proclividad a las presuntas soluciones tajantes”.⁶⁷

De modo que “Joaquín Costa, uno de los hombres más críticos junto con Miguel de Unamuno del sistema de la Restauración, irrumpirá con fuerza en cuantos foros se organicen y estén dispuestos a escuchar las más duras palabras contra el sistema”. En el discurso impartido en el teatro Circo de Zaragoza la noche del 15 de febrero de 1899 Joaquín Costa increpaba a su auditorio contra lo que él calificó de “gobierno de los peores” y “contra los políticos dirigentes a los que llamó ‘clase gobernante’”.⁶⁸

Otros documentos citados son el discurso de Salamanca en 1901, *Crisis política de España (Doble llave al sepulcro del Cid)*, que ha sido perfectamente resumido en la petición de las grandes virtudes cardinales: “justicia, exigiendo responsabilidades por el desastre; prudencia, aplazando la mayoría del Rey o proclamando la República; fortaleza, haciendo una revolución radical desde el poder... y templanza, formando un ‘partido nacional’ de que quedasen excluidos todos los involucrados en la política que nos llevó a la derrota”.⁶⁹ A ellos se añade un tercer texto, *Los siete criterios de gobierno* (1902), en que ya duda de si España es capaz de regeneración y la decadencia es étnica. Se ha señalado como “las dos principales líneas de interpretación costista del ‘problema de España’: pasividad senil y clientelismo”.⁷⁰ Pero esa introspección, esa busca de razones en nuestro modo de ser, del “espíritu”, “carácter”, “genio”, “alma nacional”, “alma de la raza”, “psicología” del pueblo, son otra de sus grandes metas de estudio.⁷¹ Y, también, sobre la inferioridad de la raza latina.⁷²

Aunque en los estudios consultados apenas se ha recordado, las críticas de Costa llegaban muy lejos, afectando al sistema monárquico como solución catártica, de modo paradójico, ya que, mientras que “el liderazgo republicano no parecía muy decidido a insistir en esa línea, no deja de ser significativo que, como en el caso de

⁶⁷ SECO SERRANO (1998 a), pp. 241-243.

⁶⁸ LAFUENTE (1998), p. 163. Este autor insta a “recordar que Costa cree que el pueblo es menor de edad y necesita tutores”.

⁶⁹ MORÓN ARROYO (1996), p. 53.

⁷⁰ VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

⁷¹ MORÓN ARROYO (1996), p. 108.

⁷² CALVO CARILLA (1998), p. 83.

Costa, las incitaciones a un cambio tan radical llegaron de personalidades externas al movimiento”.⁷³ Externa, aún, por entonces, pero muy próxima y luego candidato en varias ocasiones, alguna con éxito, al Congreso. Recuerda Ruiz Manjón que, aunque luego desaparecería de la edición definitiva de 1902, en la de 1901 de *Oligarquía...* escribía Costa: “Si los intelectuales independientes perseveran en su pasividad, será fuerza echar mano de la última reserva de los republicanos, con todos los peligros inherentes al planteamiento del problema constitucional en circunstancias tan críticas [...] como las presentes”.⁷⁴

5. EDUCAR PARA SER EUROPEOS

Otra de sus grandes obsesiones es el cambio de mentalidad, la modernización económica e intelectual del país. Ya que para él, se nos recuerda, “la realidad española era fantasmagoría e histrionismo. Lo moderno estaba en Europa: filosofía, ciencia y técnica alemanas [...], la rica vida intelectual y artística de París, y la sabiduría política de Inglaterra”.⁷⁵

Se ha destacado su aguda crítica al retraso español respecto a Europa: “Sin duda alguna, algo adelantamos o adelantábamos antes de la catástrofe, pero como adelanta una carreta tirada por bueyes [...]; sin dejar de ganar terreno, cada minuto aumenta en una legua la distancia que nos separa de Europa”.⁷⁶ Costa “encontraba los grandes defectos de España en el atraso intelectual, la incultura y el analfabetismo, pero advertía también en el pueblo sentimientos piadosos, de humanidad, de justicia, incluso una espiritualidad noble, quijotesca. El ‘problema de España’ debía, pues, interpretarse en el contexto del pasado nacional: ‘El mal gobierno’, la decadencia progresiva de casi cuatro siglos habrían reducido a España a una especie de reliquia histórica, por lo que el problema consistiría en organizar instituciones modernas de Gobierno y Administración que la devolviesen a la vida real. En este sentido, los regeneracionistas contribuyeron decisivamente a consolidar una interpretación de la historia española en la que España viene a identificarse con Castilla. ‘Pasaron siglos: Castilla se hizo España’, dirá el propio Costa, viendo en el Cid, junto con Bernardo del Carpio y Fernán González, ‘la más alta representación del pueblo español’, ‘el patrocinador de la honra patria, el portaestandarte de la independencia, el fuerte castillo de la nacionalidad’ [...]. Durante esta Edad de Oro medieval y, más tarde, con

⁷³ RUIZ MANJÓN (1998), p. 456.

⁷⁴ RUIZ MANJÓN (1998), p. 457.

⁷⁵ MORÓN ARROYO (1996), p. 37. Costa —recuerda este autor— tenía la sensación de vivir una comedia. *Ibidem*, p. 184.

⁷⁶ PAN MONTOJO (1998 c), pp. 259-260.

la creación del Estado-nación por los Reyes Católicos, España habría adquirido su carácter típico, esencial, que se manifiesta en la lengua y en las letras (el romancero, las crónicas, Berceo), y en unos rasgos psicológicos marcados por el carácter recio, hecho de voluntad, acción, nobleza y austeridad. La decadencia vendría de la mano de una dinastía extranjera, los Habsburgo, culpable de la implantación de un Estado autocrático, intolerante y militarista, ajeno a la tradición española y responsable del repliegue político, la pobreza y el agotamiento cultural de los últimos trescientos años”.⁷⁷

Pero no es rechazando lo que considera mejor del pasado, sino enfatizándolo y volviendo a la buena senda, como habrá de forjarse una España en Europa. Así, en estos tiempos de cuestionamiento, ¡una vez más!, del ser de España, se ha insistido en el profundo españolismo de Costa: “La extensión que al término Castilla dan los regeneracionistas es muy amplia. Senador mismo se refiere con este vocablo a toda la España central [...]. Y un concepto muy semejante y tan amplio de Castilla tienen los que no son estrictamente castellanos, como el aragonés Costa, de quien tanto Tierno como Aróstegui han afirmado que es un castellanista, como los demás [...] que] presentan un concepto de Castilla que es la personificación de España”.⁷⁸

En efecto, tal y como responde Costa a un periodista de *El Liberal* a mediados de octubre de 1898, la España antigua está muerta: “Tal es el hecho del que tenemos que partir, que la España que vivíamos ha muerto. Lo único que se puede hacer con ella es sepultarla de una vez, para que no continúe el espectáculo de una nación que es como prolongación de Marruecos”. Por ello, recuerda Santos Juliá, “profeta político llamó Azaña a Costa, con razón, porque el anuncio de la proximidad, la inmediatez de la muerte no tenía más objeto que mover al pueblo elegido a emprender bajo su tutela y dirección el camino a la tierra prometida, la Jerusalén celestial que con toda seguridad se acercaba, a condición de que los ánimos estuvieran tensos. Habría que leer a este Costa imprecativo no como agorero de catástrofes, sino como profeta que anuncia la llegada del Espíritu vivificador”.⁷⁹

En conexión no con la supuesta generación del 98 sino con los más jóvenes, “había que salir, ir a Europa, europeizar España... Pero la consigna por sí sola no explicaba nada —escribe Santos Juliá— y hasta podía confundir, como ocurrió con Costa, el menos europeo de los europeizantes. Era preciso aclarar qué se quería decir con aquello, qué había detrás de esas palabras”.⁸⁰ Y es que para Costa, podríamos res-

⁷⁷ MORALES y ESTEBAN (1997), pp. 238-239.

⁷⁸ CARASA (1998), p. 365.

⁷⁹ JULIÁ (1997 d), pp. 242-243.

⁸⁰ JULIÁ (1997 b), p. 376.

ponderle a Juliá, no se trata de vestirse de europeos, viajar, comer, hablar idiomas, parecer modernos, sino de algo mucho más radical y eficaz, una transformación interna: “Para Costa la ‘europeización’ tiene un sentido práctico: cámaras agrarias que potencien el trabajo del labrador, política hidráulica y lucha contra el caciquismo”.⁸¹ Ese sentido práctico habría sido criticado por Maeztu, que le censura ciertos resabios de tradicionalismo, el desentenderse de los políticos y confiarse a los técnicos, y también la propuesta del cirujano de hierro “ya que toda mejora debe venir de la empresa privada”.⁸² Pero también, “como vio Ortega con su habitual perspicacia en el caso concreto de la obra de Costa, la introspección nacionalista, la acumulación de energías nacionales mediante el ocasional recurso a actitudes de signo cuasi populista, se constituyó en el momento previo y probablemente indispensable para el asalto europeizador”.⁸³

Con la europeización tiene que ver, sin duda, la síntesis de su programa, que Costa resume en el lema “escuela y despensa”, en opinión de J. Maluquer inspirada en el regeneracionismo francés.⁸⁴ Lo mismo opina Buenaventura Delgado recordando competentemente las relaciones de Costa con Giner y la Institución Libre de Enseñanza, y su papel en el Primer Congreso Pedagógico Nacional de 1882 al resumir sus principales ideas al respecto. Recoge, entre otros textos, uno, poco citado, enviado en 1907 a un mitin pedagógico de Tárrega, en el que se queja de que España no ha aprendido todavía la lección, mientras que en los tres años y medio que duró la llamada Intervención Militar de los Estados Unidos las 300 escuelas públicas que había en toda la isla de Cuba se convirtieron, entre 1898 y 1902, en 8.600: “Me quema los labios, pero he de decirlo: la agresión de los yanquis fue inicua, pero el triunfo lo tenían merecido”.⁸⁵

6. OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO

Conforme avanzan los estudios y el conocimiento de la obra de Costa, *Oligarquía y caciquismo*... se ha ido valorando más y mejor, como la más importante suya, calificada de verdadero manifiesto de setenta intelectuales y políticos contra el caciquismo;⁸⁶ la encuesta dirigida y realizada por Costa desde el Ateneo y elaborada y comentada exhaustivamente por él hasta dar una singular y espléndida obra: “la primera

⁸¹ MORÓN ARROYO (1996), p. 29.

⁸² MORÓN ARROYO (1996), p. 31.

⁸³ Cit. por BLAS GUERRERO (1997), p. 231.

⁸⁴ MALUQUER (1997), p. 35.

⁸⁵ DELGADO (1997), pp. 11-12 y 23.

⁸⁶ ÁLVAREZ JUNCO (1996), p. 91.

interpretación global de la práctica política española fue —como ha dicho Miguel Artola— obra de Costa [...]: *Oligarquía y caciquismo*, publicada en 1902, responsabiliza a la *oligarquía* de los terratenientes que los *caciques* instrumentalizaban, hasta el punto de denunciar que el ‘absolutismo oligárquico ha suplantado al monarca y al Parlamento, a la Corona y al país’. Y, de acuerdo con la tesis regeneracionista, encuentra culpable al pueblo: ‘... El resultado de las elecciones, con toda clase de sistemas, en el que siempre triunfa el ministro de la Gobernación, sea este quien sea, acredita que el pueblo español es menor de edad’.⁸⁷

En esta obra fundamental, encuentra Zafra que, aunque “sin la profundidad teórica de M. Weber o J. Schumpeter, en la memoria de Costa y en los informes y testimonios presentados hay indicios claros, sin embargo, sobre el lugar del monarca, la burocracia, los partidos, el parlamento, el cesarismo plebiscitario —¡qué es si no el cirujano de hierro!— y la llamada a la burguesía, para que se convierta en clase política, en una sociedad moderna de masas”.⁸⁸

Menos entusiasta es Juan Pro, pues aunque encuentra que *Oligarquía y caciquismo* “viene a ser el compendio del credo regeneracionista, realizado por su máximo profeta [...]. Con el tono de pasión anticaciquil característico del ‘pequeño burgués airado’ Costa denunciaba una vez más la realidad política del Estado de la Restauración, haciéndose eco de las ideas de regeneracionistas anteriores [...], pero también de destacados políticos del régimen [...], y otros personajes de diversa significación...”; y sentenciaba que “apenas hay en *Oligarquía y caciquismo* alguna idea nueva, pues se trata de una obra de síntesis y recapitulación; pero su importancia procede de la fuerza que Costa comunicó a un conjunto de ideas que ya circulaban entre la opinión, simplificándolas en lemas contundentes y canalizándolas hacia acciones políticas concretas”.⁸⁹ Y añade Pro que, si bien “se volvía directamente contra la dinastía borbónica, a la que consideraba agotada y llamada a desaparecer [...], sin embargo Costa hablaba de acabar con la dinastía, no con la Monarquía como forma de Estado. Y es que, en su crítica frontal a las viejas instituciones del régimen, no distinguió entre víctimas y culpables”.⁹⁰

El antropólogo González Alcantud nos recuerda cómo, además de un estudio de ciencia política, lo es también, y muy destacadamente, de ciencia social: “Costa procuró desentrañar la naturaleza del caciquismo como verdadera estructura social y

⁸⁷ ARTOLA (1997), pp. 89-92. “Las ideas de Costa —añade Artola— han conocido un éxito que se continúa en muchas de las numerosas obras sobre el tema, que han descrito las prácticas caciquiles sin poder dar cuenta de los resultados electorales”.

⁸⁸ ZAFRA (1996), p. 113.

⁸⁹ PRO (1998), pp. 208-209.

⁹⁰ PRO (1998), p. 210.

política del país por encima o por debajo de las formalidades electorales. Para él sería una derivación ‘feudal’ inexistente ya en Europa, que se resumiría en tres figuras, bien conocidas por los historiadores”: los oligarcas, los caciques y los gobernadores civiles.⁹¹

Se ha recordado una frase que mereció mayor difusión, aquella en que Costa recuerda: “No es nuestra forma de gobierno un *régimen parlamentario*, viciado por corruptelas y abusos [...] sino al contrario, un *régimen oligárquico*, servido, no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias”.⁹²

Salvador Forner ha resumido con acierto cómo la publicación de esta obra “alteró [...] notablemente la significación usual del término cacique y, sobre todo, de su derivado ‘caciquismo’, hasta el punto de provocar una distorsión de sus campos semánticos habituales que abrió paso a una utilización de dichos términos como referentes de un patrón explicativo de la supuesta anormalidad o patología del régimen de la Restauración. En realidad la obra de Costa constituyó una primera reflexión, tremendamente negativa, sobre la práctica política del régimen restauracionista, cuyo éxito derivó en buena parte de su asociación al término ‘caciquismo’. No fue Costa el único, ni siquiera el primero, en formular esa afortunada —a juzgar por dicho éxito— asociación. Pero sí que fue con ocasión de la famosa encuesta del Ateneo de Madrid, auspiciada por el propio Costa, como acabó consagrándose la extrapolación del término y la utilización difusa del mismo durante la Restauración, tanto por parte de las propias elites, dinásticas y antidinásticas, como por parte de una intelectualidad desencantada y crítica con el sistema tras la crisis de 1898”.⁹³

Sin embargo, no han faltado “rebajas” al gran ataque frontal al caciquismo y, así, tanto este autor como bastantes otros no dejan de matizar la visión unívoca pero compleja de Costa, con los argumentos esgrimidos por los Varela Ortega, Tusell y Romero Maura en sus bien conocidas obras. En una más reciente Varela Ortega lamenta que su *Oligarquía y caciquismo* fuera un dardo envenenado que “vino a convertirse en la descalificación de un sistema y resumen de cuanto de corrupto y decrepito contenía la política española...”, lo que tuvo efectos demoledores como propaganda política y le parece “abusivo para la descripción general del funcionamiento del sistema, al punto de distorsionar la comprensión del proceso de democratización en la España contemporánea. Desde entonces se ha venido interpretando la partitura con el mismo instrumento que legara Costa; a saber: el problema de las transiciones democráticas frustradas en la España de preguerra estaría en el desequilibrio produ-

⁹¹ GONZÁLEZ ALCANTUD (1996), p. 33. En el mismo libro véase la crítica a esa idea de Costa sobre el caciquismo como feudalismo residual en ÁLVAREZ JUNCO (1996), p. 75.

⁹² BALFOUR (1997), p. 78.

⁹³ FORNER (1998), p. 102.

cido por un excesivo parlamentarismo. El corolario —y receta— iba de suyo: cebar el ejecutivo, liquidar el caciquismo y disciplinar el parlamentarismo”.⁹⁴

Este mismo autor ha recordado que incluso Costa, “fustigador implacable de ‘la vieja política’ restauradora, terminó por reconocerlo, aunque fuera en la reserva epistolar, pero de forma muy explícita: ‘... no habiendo [en España] cuerpo electoral más que de papel [...], hace sus veces el Rey, o lo que es igual, el Jefe de Partido a quien él confía la tarea de gobernar [y], con la llave del Gabinete, entrega el Rey juntamente las llaves de las urnas...’”.⁹⁵

En esa misma línea se ha manifestado Carlos Seco, quien llega a decir que “ese sistema, de hecho *corrupto*, pero que se vio estimulado por las precipitadas reformas sagastinas, un sistema que Costa definió en el famoso binomio [...], no fue sino una especie de aparato ortopédico, necesario provisionalmente en tanto los miembros anquilosados de una ciudadanía inexistente, cobraban vida y vigor para asumir los derechos y libertades que la ley escrita les reconocía. Y por lo demás, este sistema no fue una excepción española en la realidad europea de la época: la fase pre-democracia es típica en situaciones políticas y sociales análogas a las de España, en las que el *clientelismo* representó el tránsito más o menos prolongado a una situación democrática que requería un previo desarrollo social y cultural”.⁹⁶

Por su parte, también Mercedes Cabrera relativiza la singularidad política española al observar que, si bien es ajustado el calificativo “oligarquía y caciquismo”, que “quedó desde entonces acuñado como la esencia del régimen político, con toda su carga peyorativa”, puesto que la sociedad y la política estaban regidas por minorías, “aquello no era una democracia, evidentemente, pero tampoco lo eran la mayor parte de los países europeos”.⁹⁷

Pero dejémonos de eufemismos o edulcoraciones del caciquismo. Como ha escrito Alejandro Nieto, “el cacique es un eslabón que se introduce entre el electorado y los partidos y, en simbiosis con estos, perturba por completo el sistema democrático”.⁹⁸

Como quiera que fuese, lo cierto es que esta obra, se ha destacado, “influyó en la extensión de una visión estereotipada del caciquismo. Más tarde, los hombres de la generación de 1914 (Ortega, Pérez de Ayala, Araquistáin, Azaña...) trataron la cues-

⁹⁴ VARELA ORTEGA (1998), pp. 71-72.

⁹⁵ VARELA ORTEGA (1997), p. 55 y (1998), p. 75.

⁹⁶ SECO SERRANO (1998 b), p. 34.

⁹⁷ CABRERA (1997), p. 42.

⁹⁸ NIETO (1998), p. 313.

tión y siguieron denunciando la inmoralidad, la injusticia y el beneficio personal que el sistema caciquil proporcionaba a las oligarquías nacional, provincial y local. La realidad caciquil y la reflexión sobre ella estuvieron presentes de manera conflictiva en la política española hasta el final de la Guerra Civil”.⁹⁹

7. OTRO FRACASO DE PLATÓN: LA UNIÓN NACIONAL

Lo que ocurre es que, si Costa ha sabido condensar en *Oligarquía...* la más radical condena a la Restauración, en cambio “su traducción política —Asamblea de Productores, cámaras de comercio, Unión Nacional finalmente— no conseguirá, víctima de sus contradicciones, sustituir a la clase política en el poder”.¹⁰⁰ Esta es la historia más esperanzadora, y, a la vez, decepcionante, de cuantas campañas y empresas abordó Costa. Afortunadamente, tras los escasos estudios pioneros de Cheyne, se van fijando en ella cada vez más estudiosos. Y queda mucho por desbrozar e interpretar.

Describe Pan-Montojo cómo las cámaras agrarias, junto a las de comercio, se convirtieron en protagonistas del enfrentamiento con los proyectos del Gobierno. En 1898 hay 27 de aquellas, “bastantes de las cuales habían participado en los años precedentes en movilizaciones diversas (como mítines, manifestaciones, asambleas o Congresos, sobre todo para defender el proteccionismo) [...] Joaquín Costa había utilizado ya en 1896 la Cámara del Alto Aragón como punto de apoyo para su presentación como candidato a elecciones”, por lo que concluye que “en los momentos de la derrota se contaba no solo con recursos organizativos para iniciar las acciones de protesta, sino también de líderes capacitados para dirigirlas”.¹⁰¹

Para Carlos Seco “la mesocracia de la Unión Nacional encarnó [...] una doble apelación contraria a la política reciente: cancelación de sueños utópicos de grandeza y atención exclusiva a las realidades y necesidades concretas de desarrollo y saneamiento interno”.¹⁰²

El tema más controvertido en sus relaciones primero con las cámaras regidas por Basilio Paraíso y, luego, con la organización de Santiago Alba, los tres formando el Directorio de la Unión Nacional, “se encontraba en *el proyecto de fundar un partido*, por supuesto ‘un partido regenerador’, con el que Joaquín Costa aspiraba a llegar al poder y acometer una ‘honda revolución’ [...]. Lo que él pretendía era contar con un partido para ‘en la primera oportunidad reclamar el poder en la misma forma y

⁹⁹ ROBLES EGEA (1996), p. 5.

¹⁰⁰ MORALES MOYA (1998), p. 156.

¹⁰¹ PAN-MONTOJO (1998 d), pp. 125-126.

¹⁰² SECO SERRANO (1998 a), p. 237.

con igual derecho, probablemente con mejor derecho, que los demás partidos'. No se trataba con ello, y el propio Costa lo hizo explícito en repetidas ocasiones, de cambiar los hábitos políticos de la Restauración; o lo que es igual, con el partido no se pretendía ganar las elecciones, sino en todo caso la voluntad de la regente para que le concediera el Gobierno. Lo mismo que los liberales habían llegado al poder en 1881 y 1885, sin ganar previamente unas elecciones, sino por decisión libre de la Corona, la 'revolución sustantiva desde arriba' en que pensaba Costa podría hacerse 'sin necesidad de ningún movimiento de abajo, por acción personal y reflexiva del poder moderador. Lo malo era que ni siquiera los más fieles al escritor aragonés estaban dispuestos en aquel momento a apoyar su proyecto'.¹⁰³

La Unión Nacional ("híbrido de partido y liga"), así como los movimientos que llevaron a ella, de las cámaras agrarias y de comercio e industria, han provocado tardíos y apenas incipientes estudios. Pero más de uno ha destacado la desigual meta de sus rectores, pues la Asamblea de Cámaras de toda España celebrada en Zaragoza en noviembre de 1898 "aprobó, no un programa, sino un breve conjunto de reivindicaciones concretas a exigir al Gobierno".¹⁰⁴ Se ha analizado la rebelión fiscal reflejada en el cierre de comercios y la huelga de contribuciones contra la política fiscal de Villaverde a partir del 10 de mayo de 1900, movilización de prometedores comienzos, malograda por la extrema violencia en que se vio envuelta luego en Cataluña y Valencia, sobre todo.¹⁰⁵ Se ha llegado a elucubrar sobre otras coincidencias del grupo de la Unión, tales como las del cardenal Cascajares o el general Polavieja.¹⁰⁶

En relación con la Unión Nacional se ha afirmado que, efectivamente, "Costa tuvo proyecto político, a diferencia de la mayor parte de los intelectuales regeneracionistas, meramente teóricos. Lo que le faltaron fueron seguidores para hacer ese gran movimiento de masas con el que soñaba para auparle al poder y poner en marcha el programa de la regeneración nacional".¹⁰⁷

Balfour cree que "el intento de Costa de fundar un movimiento de amplitud nacional fracasó por las divisiones políticas y regionales; los dirigentes de los capitalistas catalanes que habían apoyado a la Unión Nacional, disgustados por no

¹⁰³ PÉREZ LEDESMA (1998), pp. 127-128.

¹⁰⁴ ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 287.

¹⁰⁵ GONZÁLEZ CALLEJA (1998), pp. 101-103.

¹⁰⁶ ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 289.

¹⁰⁷ PRO (1998), p. 211. Este autor llega a avanzar una suspicacia, sobre los casos de Costa o Morote: "no sabemos cuánto habrían tardado en apaciguarse si la regente les hubiera encargado a alguno de ellos formar Gobierno".

encontrar apoyo a sus solicitudes de transferencias fiscales, retiraron su apoyo activo”.¹⁰⁸ Balfour es, probablemente, quien mejor y más detenidamente se ha referido al movimiento de los agricultores y comerciantes que llevó a la Unión Nacional, describiendo con tono crítico el método de Costa: “La Asamblea de Productores estaba imbuida de la misma sensación de crisis y redención que la de las cámaras de comercio, aunque Costa inyectó un mayor dramatismo a las sesiones”. Su reunión, afirma, “fue seguida con gran interés desde toda España y quizás con cierto nerviosismo por parte de los políticos dinásticos. Pero, para los más perspicaces de ellos, debió haber estado claro que la Asamblea no representaba ninguna amenaza real a sus intereses. La nueva Liga Nacional de Productores tenía más de grupo de presión que de movimiento político. Además, no había conseguido unir a los agricultores. Su programa, redactado por Costa [...], contenía admirables propuestas de reforma, pero no acertaba a exponer los medios para realizarlas. Lejos de tratar de movilizar a otras clases sociales, la Liga parecía excluir la participación de obreros y campesinos; el programa se refería exclusivamente a ‘las clases productivas intelectuales’ como el instrumento del cambio; la regeneración, por lo tanto, tenía que llegar desde arriba”.¹⁰⁹

De todos modos, la Unión Nacional nacía muerta, puesto que “la incorporación de la Liga de Costa a la nueva Unión Nacional no contuvo la hemorragia de apoyos, que en su momento habían aportado tan entusiastamente todos los sectores de la burguesía durante las impetuosas jornadas del otoño de 1898. El propio movimiento de Costa había sufrido numerosas deserciones, sobre todo de las cámaras agrícolas andaluzas, cuyos intereses materiales estaban estrechamente vinculados a los de la oligarquía”. Además, y ello llevaría a la ruptura entre los líderes, “las desconfianzas que muchos grupos anteriormente simpatizantes sentían hacia la nueva Unión Nacional no se referían tanto a la cuestión de qué identidad política se debía adoptar como a la de qué acciones emprender”.¹¹⁰

Y es que, como también ha sido señalado con agudeza, Costa pone en primer plano la denuncia de que “la elite de poder (los que gobernaban) no coincidía con la elite de mérito (los mejores, es decir, los intelectuales y los empresarios a los que Costa pretendía movilizar y representar)”.¹¹¹ La condena de las elites dirigentes es recurrente: “Las supuestas clases directoras y gobernantes son oligarquía pura, fac-

¹⁰⁸ BALFOUR (1997), p. 150. Este autor cree que será Maura el encargado de recoger la herencia de Costa, Alba y Paraíso (*ibidem*, pp. 198-199).

¹⁰⁹ BALFOUR (1997), pp. 84-85.

¹¹⁰ BALFOUR (1997), p. 88. ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 283, cree que “algo que no sabemos debió ocurrir, no obstante, en la vida de Joaquín Costa, entre agosto y noviembre de 1898, para imponerle un cambio de actitud”.

¹¹¹ PRO (1998), p. 253.

ción forastera, que ha hecho de España campo de batalla y de explotación, atenta no más que a su provecho y a su vanagloria”.¹¹²

Todos esos cambios políticos tienen una meta de progreso colectivo, ya que “los regeneracionistas pusieron [...] en el centro de todos sus programas las exigencias de una nueva política económica que hiciera posible el desarrollo del país y la recuperación de las energías de la nación”.¹¹³

7. LAS CRÍTICAS A COSTA

Entre las críticas genéricas no faltan las de quienes, junto a muchas virtudes clásicas, le califican de “provinciano y desorbitado”, “figura excéntrica y atrabiliaria, desafiante e intransigente”, acusándole, incluso, de cínico e interesado “que, en momentos de crisis nacional como aquel, bien podía recoger fuertes dividendos políticos”.¹¹⁴ También, y desde sus años mozos, se ha criticado su estilo, esa visión sacralizadora (estigmas, vía crucis nacional, petición de resurrección...), su “barroca meditación sobre lo efímero de las cosas”.¹¹⁵

Y la ambigüedad de algunas de sus páginas.¹¹⁶ O la contradicción que supone el hecho de que “conciliaba sus propuestas de reforma agraria con el africanismo militante, al menos hasta 1898”.¹¹⁷ Dado que la conmemoración del 98 ha sido eminentemente política, pocos han incidido en los aspectos económicos o en destacar cómo “la propuesta de Joaquín Costa, en su parte económica, era marcadamente agraria”.¹¹⁸

Uno de los grandes tópicos es el de ese Costa *patético* que “llenó el aire de lamentos e invocaciones a algún cirujano que aplicara el bisturí sobre aquel cuerpo enfermo”,¹¹⁹ escribe Santos Juliá, que añade en otro lugar: “Y es significativo que al recordar aquellos años y a la ‘gente moza, innovadora y audaz’ que entonces salió a la escena, Azaña recuerde sobre todo a Costa cuando en el Ateneo prorrumplía en apóstrofes violentos y el salón se hundía de aplausos. Esa era la actitud dominante: más se fustigaba el carácter de los españoles, más ensordecedora la ovación, cada cual

¹¹² Cit. por ÁLVAREZ JUNCO (1998), p. 451.

¹¹³ PAN-MONTOJO (1998 c), p. 261.

¹¹⁴ VARELA ORTEGA (1998), p. 71.

¹¹⁵ CALVO CARILLA (1998), pp. 98-99.

¹¹⁶ VILLACORTA (1998), p. 140.

¹¹⁷ PAN-MONTOJO (1998, d), p. 15.

¹¹⁸ ANDRÉS-GALLEGO (1998 c), p. 117.

¹¹⁹ JULIÁ (1997 c), p. 3, y JULIÁ (1997 f), p. 15.

pensaba que el bruto al que don Joaquín se refería era el que se sentaba a su lado. A los españoles de entonces les ‘gustaba recibir badilazos en los nudillos. Costa les llamaba brutos, puercos, eunucos y se hundía el firmamento de aplausos’. ¿La razón de esa paradójica conducta?: sufríamos entonces el sarampión del mesianismo; se estaba pasivamente a la espera del cirujano de hierro, del escultor de naciones”.¹²⁰ En otra ocasión describe Azaña cómo Costa soltaba “cataratas de impropiedades; rugía, pero sus lágrimas ardientes caían sobre el pueblo mismo”. Y añade quien le cita, Santos Juliá: “No le reprochaba, por tanto, la egolatría de las gentes del 98, iconoclastas que pretendían ocupar las hornacinas vacías; tampoco le recriminará, como a Unamuno, que dirigiera sus adjuraciones ‘a una persona sola’, al rey, con quien Unamuno gustaba medirse. Costa era otra cosa: titán generoso, bien se veía que iba a perecer. Azaña le había visto en la tribuna del Ateneo llorar de rabia, ‘temblándole las gruesas facciones, en arenga descomunal para confundir, ya que no podía comérselo, a un contradictor impertinente’. Irascible, apremiante, iluminado, poseía sin embargo, ‘un corazón indefenso’ que lo redimía: su destino era abrasarse en sentimientos ingenuos. ‘Fue el corazón español lacerado’”.¹²¹

También Balfour, al dar cuenta de sus intervenciones en la Asamblea de Productores de 1898, afirma: “Sus dos discursos estaban llenos de metáforas apocalípticas y en varias ocasiones Costa se interrumpió y lloró, para arrobamiento de los que lo escuchaban. Su oratoria se expresaba en el estilo de la época, en el que la habilidad para conmover al público con magníficas imágenes era casi tan importante como las ideas que contuviera. Costa empleaba un extenso repertorio de recursos retóricos, todos calculados para emocionar a aquella audiencia agraria”.¹²²

Con parecida o mayor dureza le trata Trapiello, al considerar que “bien por frustraciones personales, sentimentales y afectivas, bien por inadecuación al medio social, desesperación o rencor, el caso es que el discurso político de Costa se fue haciendo cada vez más extremista y, de las posiciones vagamente imperialistas de su juventud, terminaría en la convicción de que para regenerar a España el único camino era la renuncia, abandonar cualquier proyecto de gloria exterior y trabajar en el interior”.¹²³ Y añade este autor, con tono especialmente llamativo, que “Costa es un tribuno del Antiguo Régimen que tenía más de anciano que de antiguo [...]. Costa, de talante energuménico y cuyo diagnóstico de los males de España fue a menudo tan acertado como apocalíptico, resultó ser un político polígrafo”, a pesar de lo cual

¹²⁰ JULIÁ (1997 b), pp. 377-378.

¹²¹ JULIÁ (1997 f), pp. 19-20.

¹²² BALFOUR (1997), p. 83. Añade que, de todos modos, “la grandiosa retórica de Costa no convenció a todos los delegados”.

¹²³ TRAPIELLO, A. (1997), p. 77.

cree que hay que quitarle de las historias de la literatura, ya que la mayor parte de su obra no es literaria y su influencia literaria en los grandes del 98 y del 14 es casi nula.¹²⁴

Algunas críticas puntuales han destacado *lo hiperbólico de sus denuncias* sobre el coste total de la guerra con Norteamérica, que estima en unos 4.000 millones de pesetas, mientras las fuentes oficiales defendían la cifra de 1.874 millones.¹²⁵ También lo recuerda Jordi Maluquer, que afirma que “la confusión reinante con estas estimaciones se pone de manifiesto, por ejemplo, en la doble alusión de Joaquín Costa, en un mismo texto, y con muy pocas páginas de distancia, a cifras bien diferentes, como son 3.000 y 4.000 millones de pesetas”, para añadir un juicio de valor, señalando que “las afirmaciones de Costa tienen el particular interés de haber presentado la factura de guerra en forma de coste de oportunidad de un programa de regeneración basado en las construcciones hidráulicas”.¹²⁶

Una crítica global al regeneracionismo, en profundidad, es la de Juan Sisinio Pérez Garzón, que cree que “en el término *regeneración* no hay más proyecto que sacar de la angustia sociológica a esas clases medias estranguladas entre el caciquismo oligárquico denunciado por J. Costa y un inusitado activismo obrero cuyo impacto era mayor que su propia fuerza”.¹²⁷

Otro de los temas más recurrentes es su apelación a una solución extrema que, “a manera de último cartucho [...] para la regeneración de España, consistía en un ‘cirujano de hierro’ que interviniese el cuerpo enfermo de la nación”.¹²⁸ Como ha estudiado Driever, Mallada había sido precursor de esa idea, compartida asimismo por Macías Picavea, César Silió y otros.¹²⁹

Viene a ser el cirujano de hierro un “demiurgo político capaz de recrear la nación sobre la base, como el propio autor decía, de un conocimiento profundo del pueblo español y de una piedad infinita hacia su desgracia [...]. El cirujano de hierro costiano sería, pues, el arquetipo mítico de un nuevo contrato social que ligaría a un hombre, dotado de los altos atributos antes mencionados, con un pueblo histórico real —inexistente, sin embargo, como ente político moderno— con el objetivo de reconstituir en una transitoria operación de gobierno positivista las bases biológicas,

¹²⁴ TRAPIELLO (1997), pp. 79 y 82-83.

¹²⁵ BALFOUR (1997), p. 68.

¹²⁶ MALUQUER (1997), p. 13.

¹²⁷ PÉREZ GARZÓN (1998), p. 232.

¹²⁸ BALFOUR (1997), p. 77.

¹²⁹ DRIEVER (1998), pp. 52-53.

materiales y culturales que le permitiesen recuperar sus ancestrales cualidades naturales. Se trataba de un pacto que Costa veía reproducido a lo largo de la historia universal en múltiples personajes [... y que] en su traducción textual carecería de referente positivo en la realidad política coetánea. Pero su reinterpretación en otras circunstancias no menos críticas podría fácilmente traducirse, como de hecho lo será, en experiencias de gobierno autoritario de índole nacional-regeneracionista, el primorriverismo una de ellas”.¹³⁰

Su “cirujano”, se ha escrito, “no era una añoranza aislada ya que, en última instancia, en mayor o menor medida estaba siendo compartida por amplios sectores de opinión, independientemente de la ideología en que se encuadrasen. La aportación de Costa en este aspecto consistió en dar contenido nacional a dos tópicos frecuentísimos en su tiempo: la dictadura y la revolución”.¹³¹

Y no sólo el cirujano. También se ha recordado, siguiendo los pasos del viejo libro de Tierno Galván (1961), que Costa tenía una “conocida hostilidad” hacia el parlamentarismo, como queda reflejado en la apelación a la “política sumarísima” y a la apuesta por un gobierno que se mueva “por actos y no por leyes”.¹³²

En esa misma línea estarían quienes han recordado su influencia (y no la manipulación de que fue objeto) en la Dictadura de Primo de Rivera.¹³³ Santos Juliá ha rescatado un texto de Maeztu en *El Sol* en el que afirmaba que “lo importante del 98, en política, no fueron él ni sus compañeros de generación, sino Macías Picavea y Joaquín Costa” y son las ideas de ambos “las que ahora inspiran al directorio la serie de golpes que está asentando a la hidra caciquil”.¹³⁴ Y lo mismo ocurrirá con el funesto libro de Tierno y su marbete del Costa prefascista e inspirador del franquismo.

Pero en la misma senda en que lo hiciera, especialmente, Tuñón de Lara hace cuatro o cinco lustros, Morales Moya sale al paso de las simplificaciones: “El pensamiento regeneracionista, cuyos principales representantes serían Ricardo Macías Picavea y, muy especialmente, Joaquín Costa, exigía un cambio radical en la organización política desde una perspectiva parlamentaria y democrática: la Dictadura coyuntural tendría, en su caso, un carácter jurídico. Afirmaba la primacía de la sociedad sobre el Estado, propugnando la expansión de todas las actividades espontáneas de la vida social y la ‘europeización’ de España: se trataba, resume Altamira, de

¹³⁰ VILLACORTA (1988), pp. 140-142.

¹³¹ CALVO CARILLA (1998), p. 371.

¹³² LAPORTA (1998), p. 86.

¹³³ BALFOUR (1997), p. 234.

¹³⁴ JULIÁ (1997 e), p. 187.

tomar como modelo la vida de los pueblos europeos considerados más civilizados, [...] de rectificar, de esta forma, nuestros defectos y, en definitiva, nuestro retraso”.¹³⁵ En la misma línea han hablado, y lo recoge Andrés-Gallego, Romero Maura y Varela Ortega, negando la influencia de Costa en los ulteriores movimientos autoritarios. Al menos, como concluye aquel, que recuerda el empeño de la izquierda en asumir a Costa, concluye: “Costa está en Franco y Primo de Rivera como en Ortega y Azaña”.¹³⁶

Frente a ellos y desde otra óptica, critica Carlos Seco la alusión concreta (“mucho más concreta y evidente de lo que quisieran aquellos que, glosando luego su pensamiento, se han esforzado por liberarlo de este punto negro”) al “cirujano de hierro”: “La inoportunidad de esta apelación resulta más evidente si tenemos en cuenta que el Ejército se dolía entonces de una doble herida: la del injusto juicio a que se había visto sometida su acción en la guerra y la de su clara conciencia de los defectos y carencias que afectaban a su organización, a su estructura y a sus medios”.¹³⁷

Una revisión muy lúcida es la que realiza Sebastian Balfour, quien reproduce el editorial que *El Imparcial* dedicó a Costa,¹³⁸ reprendiéndole por las excesivas ambiciones de su programa político: “Los hombres de las clases medias [...] no pueden ya hablar seriamente de revolución; a lo sumo, de pronunciamientos y asonadas para quitarse el poder unos a otros. La revolución verdadera ha pasado a otras manos; a las de los obreros, quienes muestran, por cierto, en la apreciación del objeto y de la potencia muy superior sentido”. Quizá por eso se pregunta Costa, en 1903, si no ha llegado ya el turno del pueblo...

Se ha escrito mucho, también, sobre el relativo fracaso de las propuestas regeneracionistas. Así, cuando se recuerda que —al igual que ocurrió con la generación literaria o los movimientos catalán o vasco— “ninguno pudo cambiar el sistema de la Restauración e incluso muchos se vieron absorbidos por este [mientras que] los viejos políticos adoptaron la nueva retórica de regeneración sin cambiar sus prácticas y el régimen demostró un poder de recuperación que desesperó a quienes pretendían aprovechar el Desastre para modernizar España”.¹³⁹

En la misma línea se manifiesta Palomares: “... las iniciativas costistas quedaron inservibles después de producirse la derrota colonial. La crisis y sus efectos demandaban nuevos medios para atajarlos y aportar soluciones concretas. Al filo del nuevo

¹³⁵ MORALES MOYA (1998), pp. 157-158.

¹³⁶ ANDRÉS-GALLEGO (1998 a), p. 242.

¹³⁷ SECO SERRANO (1998 a), pp. 243-244.

¹³⁸ “Para Joaquín Costa”, *El Imparcial*, 24 de junio de 1900. Cit. en BALFOUR (1997), p. 100.

¹³⁹ BALFOUR (1988), p. 80.

siglo, Costa encontrará nuevos y fugaces compañeros de viaje: Basilio Paraíso y Santiago Alba. Ambos serán reconocidos por Ramón y Cajal como apóstoles de la regeneración [...]. Se trataba de una movilización cuyos vínculos con Costa aparecen en todos los tramos”.¹⁴⁰

No es de la misma opinión Juan Pro, que señala cómo la apropiación del discurso regeneracionista por los políticos “debió de resultar doblemente frustrante para los regeneracionistas genuinos —que eran los intelectuales críticos como Costa o Mallada—, los cuales habían concebido ese tipo de discurso para deslegitimar al régimen, y hubieron de ver con sus propios ojos cómo su arsenal de conceptos y argumentos era empleado en sentido contrario por los políticos de siempre: para tranquilizar conciencias inquietas y aparentar voluntades de cambio sin que, a la postre, el sistema político de la Restauración sufriese trastornos de ningún tipo. Cambiar algo —en el nivel del discurso— para que todo siguiera como antes en el nivel de los hechos y de las estructuras”.¹⁴¹

8. UNA BREVE CONCLUSIÓN

En su *Reconstitución y europeización de España* asegura Abellán que “se inspirarán los proyectos de las generaciones posteriores que tomarán como lema y motor el impulso hacia la europeización (muy singularmente, Ortega y Gasset). La tendencia a la regeneración será recogida también por los hombres que vengan detrás, muy singularmente los del 98, que buscarán la palingenesia de la patria partiendo de una idea de la nación como valor moral”.¹⁴²

También han destacado otros muchos a Ortega como discípulo de Costa en “su magisterio europeizante”.¹⁴³ Laín Entralgo y Seco Serrano han afirmado que “la enérgica denuncia de Costa en *Oligarquía y caciquismo* siguió vigente, pese a los intentos de Maura y de Canalejas, hasta la República de 1931”.¹⁴⁴ Sin embargo, afirman poco después que “la palabra ‘regeneración’, tan repetida como fórmula de salvación nacional antes de 1898, comenzaba a perder prestigio. Joaquín Costa había concebido su cumplimiento como una honesta y eficaz política de realidades; contra la ineficacia y la retórica parlamentaria de los gobernantes, las consignas regeneradoras [...] sacarían a España de la postración y el marasmo en que había caído. Pero la continua experiencia de ver que esas consignas no se hacían realidad y la consideración de que no contem-

¹⁴⁰ PALOMARES (1998), p. 446.

¹⁴¹ PRO (1998), pp. 193-194.

¹⁴² ABELLÁN (1998), p. 91.

¹⁴³ MEDINA (1998), p. 148.

¹⁴⁴ LAÍN ENTRALGO y SECO SERRANO (1998), p. 9. Sobre el costismo de Maura véase GONZÁLEZ HERNÁNDEZ (1997), p. 171.

plaban la totalidad de nuestra deficiencia histórica, dio lugar a cierto cansancio de ellas, no solo entre los intelectuales —Unamuno, Azorín, Baroja, el joven Ortega—, sino también en el pueblo llano”.¹⁴⁵

Se señala como su principal seguidor práctico a Santiago Alba,¹⁴⁶ que en cierto modo sí siguió sus ideas y programas, pero que fue uno de los que más directamente se enfrentó a él, en la Unión Nacional. En cuanto a los teóricos, hay bastante acuerdo en que sus principales seguidores fueron, en principio, Maeztu y Azorín, también, al menos afectivamente, Unamuno, y luego Ortega, que se desengancharía pronto de esa admiración,¹⁴⁷ que ha sido recordada en esta efemérides finisecular. Ortega rindió homenaje a Costa en su muerte: “La palabra regeneración no vino sola a la nación española: apenas se comienza a hablar de regeneración se empieza a hablar de europeización. Uniendo fuertemente ambas palabras, don Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares. Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años nuestra voluntad”. Y Antonio Machado, “tan alejado de las preocupaciones costianas en ciertos aspectos, también ensalzó la ‘labor de europizar [*sic*] a España’ que había proyectado ‘el egregio Costa’”.¹⁴⁸ Como ya hemos indicado, la recuperación de algunos textos de Azaña nos muestra también la empatía que tuvo con Costa, a pesar de su rechazo del menor atisbo de cirugías de hierro.

Uno de los aspectos menos conocidos de los ecos de Costa es su proyección exterior. Hice hace pocos años algo en ese sentido, traduciendo un magnífico trabajo del fallecido iberista francés Albert Silbert sobre la influencia de Costa en el colectivismo agrario portugués. Recientemente se ha manifestado como encendido estudiante y discípulo de Costa el gran historiador João Medina, quien, rechazando las insidias de Tierno Galván u “otros pecadillos”, añade (traduzco): “El intrépido aragonés merece nuestra estima, de todos nosotros, sobre todo de los que, como el autor de estas líneas, conoció el exilio” en época en que nos asemejaban dictaduras y había que seguir luchando por cerrar sepulcros, el del Cid o el de Mouzinho de Albuquerque.¹⁴⁹

En todo caso, como señala Palomares, “hoy nadie pone en duda la influencia que ejerció Costa mediante sus lemas y denuncias. Una influencia que deseó prioritariamente, si no de forma exclusiva, ejercer sobre las clases productoras con nuevos intereses sociales, hasta ahora marginadas...”.¹⁵⁰

¹⁴⁵ LAÍN ENTRALGO y SECO SERRANO (1998), p. 15.

¹⁴⁶ MORÓN ARROYO (1996), p. 60.

¹⁴⁷ CALVO CARILLA (1998), p. 376.

¹⁴⁸ SERRANO (1998), p. 348.

¹⁴⁹ MEDINA (1998), p. 151.

¹⁵⁰ PALOMARES (1998), pp. 442-443.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1997). "El 98. Lecciones de un fin de siglo", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29.
- AA. VV. (1997). "La educación y la generación del 98", número extraordinario de la *Revista de Educación*.
- ABELLÁN, José Luis (1998). "El krausismo: desarrollo de la ciencia y transformación de la enseñanza", en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 83-100.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1996). "Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX", en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, pp. 71-94.
- (1998). "La nación en duda", en PAN-MONTOJO, Juan (coord.) (1998). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 405-475.
- ANDRÉS-GALLEGO, José (1998 a). *Un 98 distinto. Restauración, desastre, regeneracionismo*. Madrid, Encuentro.
- (1998 b). "El 98 y los 98: algunas distinciones necesarias", en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 111-119.
- (1998 c). "Religión y 98", *Anuario de Historia de la Iglesia* VII: 161-169.
- ARTOLA, Miguel (1997). "Partidos y elecciones", en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 85-90.
- ASÍN VERGARA, Rafael (1998). "Los ámbitos políticos e intelectuales del 98 y la Institución Libre de Enseñanza en España", en CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 509-526.
- BALFOUR, Sebastian (1997). *El fin del imperio español (1898-1923)*. Barcelona, Crítica.
- (1998). "El Desastre de 1898 y el fin del Imperio español, cien años después", *Revista de Occidente* 202-203: 79-89.
- BLAS GUERRERO, Andrés DE (1997). "Refundación del nacionalismo español", en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 229-234.
- CABRERA, Mercedes (1997). "Percepciones de fin de siglo", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29: 39-50.
- CALVO CARILLA, José Luis (1998). *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*. Madrid, Cátedra.
- CARASA, Pedro (1998). "La rebelión de las elites disidentes en las crisis interseculares", en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso*

- Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 337-389.
- CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- DIEGO, E. DE (dir.). “Hacia el 98. La España de la Restauración y la crisis colonial, 1895-1898”, *Cuadernos de la Escuela Diplomática* 12.
- DELGADO, Buenaventura (1997). “La generación del 98 y la educación española”, *Revista de Educación* núm. extr.: 11-31.
- DÍAZ LARIOS, Luis F. (1998). “La creación literaria: poesía, novela, teatro y literaturas regionales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 101-134.
- DRIEVER, Steven L. (1998). “Mallada y el regeneracionismo español”, introducción a MALLADA, Lucas, *La futura revolución española*. Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).
- FORNER, Salvador (1998). “El caciquismo en España y Portugal”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 101-120.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (1996). “Jerarquía versus igualdad: el clientelismo político mediterráneo desde la Antropología”, en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI, pp. 21-42.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1998). “Las ‘tormentas del 98’: viejas y nuevas formas de conflictividad en el cambio de siglo”, *Revista de Occidente* 202-203: 90-111.
- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús (1997). “Las manchas del leopardo: la difícil reforma desde el sistema y las estrategias de la ‘socialización conservadora’”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 157-197.
- JULIÁ, Santos (dir.) (1997 a). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*.
- (1997 b). “El problema de España”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 373-379.
- (1997 c). “Recuperar la memoria”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, p. 3.
- (1997 d). “Retóricas de la muerte y resurrección de España”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 242-243.
- (1997 e). “Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual”, *Ayer* 28: 168-192.
- (1997 f). Introducción a AZAÑA, Manuel. *¡Todavía el 98!* Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).

- LAFUENTE, Isabel Trinidad (1998). “La guerra del dinero contra la hidalguía”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98. t. V, pp. 151-165.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1998). “La reacción de los intelectuales”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 295-322.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores.
- (1998). “Prólogo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro, y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 7-17.
- LAPORTA, Francisco J. (1998). “La Institución Libre de Enseñanza y la generación del 98”, en MESA GARRIDO, Roberto (dir.). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte, pp. 77-98.
- MAINER, José-Carlos (1998). “La crisis intelectual del 98: de Rudin a lord Chandos”, *Revista de Occidente* 202-203: 112-130.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi (1997). “Los economistas españoles ante la crisis del 98”, *Revista de Historia Industrial* 12: 11-38.
- MARIMON, Antoni (1998). *La crisis de 1898*. Barcelona, Ariel.
- MEDINA, João (1998). “Iberizar e desiberizar: pulsões de africanização e de europeização desde a crise peninsular dos anos noventa do século XIX”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 139-152.
- MESA GARRIDO, Roberto (dir.) (1998). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte.
- MORALES MOYA, Antonio (1998). “De un 98 a otro: una revisión historiográfica”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 153-186.
- (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, 5 tomos.
- , y ESTEBAN DE VEGA, M. (1997). “Literatura del Desastre”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 238-239.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco (1996). *El “alma de España”. Cien años de inseguridad*. Oviedo, Nobel.
- NIETO, Alejandro (1998). “La Administración Pública en España”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 299-316.

- PALOMARES IBÁÑEZ, Jesús María (1998). “Teoría y práctica de la política regeneracionista en España, 1899-1913”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. IV, pp. 438-462.
- PAN-MONTOJO, Juan (coord.) (1998 a). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza.
- (1998 b). “El atraso económico y la regeneración”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 261-334.
- (1998 c). “Economía y política del Desastre”, *Revista de Occidente* 202-203: 250-263.
- (1998 d). “Introducción. ¿98 o fin de siglo?”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 9-30.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (1997). Introducción a MOROTE, Luis. *La moral de la derrota*. Madrid, Biblioteca Nueva (“Cien Años Después”).
- (1998). “El nacionalismo español, de las Cortes de Cádiz al 98”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 217-234.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1997). “Después del 98”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 181-186.
- (1998). “La sociedad española, la guerra y la derrota”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 91-149.
- PRO RUIZ, Juan (1998). “La política en tiempos del Desastre”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 151-260.
- ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos (1998). “Los objetivos políticos regeneracionistas como salida a la crisis del 98”, en CAYUELA FERNÁNDEZ, José G. (coord.) (1998). *Un siglo de España: Centenario 1898-1998*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 487-497.
- RUIZ MANJÓN, Octavio (1998). “El republicanismo español de fin de siglo, entre la política y la cultura”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. III, pp. 447-459.
- RUIZ TORRES, Pedro (1998). “Representaciones del pasado en la cultura nacionalista española de finales del siglo XIX”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 137-161.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (1997). “España y la ciencia: dos momentos”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 28-29: 20-38.

- SECO SERRANO, Carlos (1998 a). “La renovación política: el regeneracionismo”, en LAÍN ENTRALGO, Pedro y SECO SERRANO, Carlos (eds.) (1998). *España en 1898. Las claves del Desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, pp. 235-260.
- (1998 b). “La Restauración: anverso y reverso”, en MESA GARRIDO, Roberto (dir.) (1998). *Jornadas sobre Tiempos del 98: Sevilla, 18 al 21 de noviembre de 1997*. [Sevilla], Fundación El Monte, 17-38.
- SERRANO, Carlos (1997). “¡O todos o ninguno!”, en S. JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 53-59.
- (1998) “Conciencia de crisis, conciencias en crisis”, en PAN-MONTOJO, Juan (coord.). *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza, pp. 335-403.
- SERRANO BLANCO, Laura (1998). “La preocupación por España antes del 98. El pensamiento pre-regeneracionista de Macías Picavea”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. V, pp. 303-317.
- SUÁREZ CORTINA, M. (1997 a). “Los republicanos en la España del novecientos”, en JULIÁ, Santos (dir.). *Memoria del 98*. Madrid, Diario *El País*, pp. 347-349.
- (ed.) (1997 b). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza.
- (ed.) (1997 c). “La Restauración y el fin del imperio colonial”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 31-107.
- (ed.) (1997 d). “Demócratas sin democracia, republicanos sin república”, en SUÁREZ CORTINA, M. (ed.). *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*. Madrid, Alianza, pp. 317-367.
- TRAPIELLO, Andrés (1997). *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro de la literatura española (1898-1914)*. Barcelona, Planeta.
- UCELAY-DA CAL, Enrique (1998). “¿Cómo convertir a los perdedores en ganadores? Un ensayo sobre la proyección finisecular de identidades en los países menos industrializados”, en MORALES MOYA, Antonio (coord.) (1998). *Los 98 ibéricos y el mar. Actas del Congreso Internacional celebrado en Lisboa en abril de 1998*. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98, t. II, pp. 163-191.
- VARELA ORTEGA, José (1997). “Orígenes y desarrollo de la democracia: algunas reflexiones comparativas”, *Ayer* 28: 29-60.
- (1998). “La España política del fin de siglo”, *Revista de Occidente* 202-203: 43-77.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1998). “Fin de siglo: crisis del liberalismo y nuevos procesos de mediación social”, *Revista de Occidente* 202-203: 131-148.
- ZAFRA VÍCTOR, Manuel (1996). “El marco político y la génesis del caciquismo”, en ROBLES EGEA, Antonio (comp.) (1996). *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 95-115.